TRAGEDIA.

EL TANCREDO.

EN CINCO ACTOS.

ACTORES

Argiro.
Amenaida.
Tancrédo.
Orbasán.
Loredano.
Catán.
Aldamon.
Fánia.
Varios Caballeros.
Escuderos, Soldados y Pueblo.

ACTO I.

SCENA I.

Junta de Caballeros, sentados en medio círculo.

Arg. ILustres vengadores de Sicilia,
Caballeros, que honrando asi mis años,
quereis juntaros en mi propia casa
á tratar de expeler nuestros tiranos,
y formar un Imperio floreciente.
Mucho ha que Siracusa está llorando
nobles designios de un valor inutil,
sin debida sazon manifestados.
Marchad contra las lunas agarénas:
tiempo es de que se salve del naufragio
el mas dulce, el mayor, el bien postrero
que ya nos queda, el fuero mas sagrado
de almas como las vuestras generosas,
la libertad en fin, à que aspiramos.
Actualmente dos grandes enemigos
de esta insigne República, contrarios
al derecho de todas las naciones,
y á la felicidad de los humanos;
los Cesares de Oriente, los soberbios
Musulmanes intentan su tirano
yugo imponeros. Entre sí disputan
estos que el Orbe usurpan arbitrarios,
la gloria de ceñirnos sus cadenas.
Los Griegos à Mecina avasallaron.
El atrevido Solamir domina.
desde Arigento los feraces campos
que Etna corona, y para Siracusa
todo era à la sazon fatal presagio.
Pero entre si envidiosos, convirtiendo
nuestros perseguidores en su daño
las armas destinadas à extinguirnos,
en beneficio nuestro han peleado.
Por disputar la presa, ya los vémos
sin vigor, y los Cielos apiadados,
á nuestra libertad abren oy senda:
propicia es la ocasion. No la perdamos.
En su postrer periódo se halla
el poder sarraceno, y ha empezado
Europa á no temerle qual solia.
Carlos Martél, en Francia, un D. Pelayo
en España, un Leon en Roma, muestran
de divino valor armado el brazo,

como esta hidra domeñar se puede.
Bien se que Siracusa se arde en vandos.
Que se halla vacilante, y casi esclava.
No es mi animo aquel tiempo recordaros en que contra nosotros delinquentes
volvimos los azéros ; y el estado
vertió la sangre de sus propios hijos.
Antes pretendo queden olvidados
desde oy nuestros rencores, nuestras iras,
Reine, Orbasán, en los Siracusanos
solo un partido, cuyo objeto sea
el bien comun. Dichoso yo, si acaso
con nuestra union revive ya la patria.
Y pues que en otro tiempo pudo el mando
de iguales nuestros inspirar envidias,
oy unànimes todos resolvámos
morir y vivir libres, sin que nadie
logre jamás llamarnos sus vasallos.

Orb. Si, Argiro. Ha mucho que entre nuestras casas,
dura el encóno que turbó el estado.
Ya solo aspira á unir los Orbasanes
Siracusa á tu sangre en firme lazo.
Protejámonos oy el uno al otro.
Qual buen patricio, á tu hija doy la mano.
Y al publico sirviendo, á ti, à tu casa, desde el altar apenas desposado
voy contra Solamir, corro á vengarte.
Rendir no basta al Moro. Otros contrarios.
mas terribles tubimos, que de un pueblo servil quizá oy en dia son amados.
¿Quién concedió derecho á los Franceses, (trio?
de avecindarse en nuestro clima pa-
A un Euci, de las margenes del Sena,
¿ quién á las de Aretusa nos le traxo?
primero humilde se ofreció á servirnos:
altivo supo luego avasallarnos:
despues sus descendientes, poderosos
con herencias quantiosas que juntaron,
los animos concilian, se hacen dueños (brado.
de los votos de un pueblo deslum-
Y en desdóro del ilustre de mi casa,
se atreven á suspirar agenos lauros.
Dimos por fin, castigo á tal arrojo.
Y á pesar de los muchos partidarios
de la faccion de los Eucies, vemos
de esta orilla á sus nietos desterrados.
Tancrédo, aquella rama de la estirpe
siempre fatál, muy niño fué alejado
de Siracusa. Dicen que ha servido
en campañas al Cesar de Bizancio.
Es orgulloso, y ofendido se halla.
Nadie puede negarle lo bizarro.
Nuestras leyes detesta vengativo,
y no hay francés que despreciar debamos;
pues hemos visto en nuestra edad, que
solo tres escuderos pobres, sin amparo,
hijos del frio seno de la Neustria,
tomando patria en los Apulios campos,
sin mas derecho que el que dán las armas,
echan sus dueños, se hacen potentados.
Arabes, Griegos, Francos y Alemanes,
todos infestan con ruinoso estrago(das,
nuestras campañas por su mal fecun-
y la codicia atrahe desde el austro,
Oriente y Norte enxambres de vandidos: (garnos.
defendernos es fuerza, y aun ven-
Mas de una vez se ha visto Siracusa,
expuesta à la traycion, á infieles lazos.
Nuestra ley conservemos inmutable,
ley que prescribe sea despojado
de honor y vida aquel que mantuviere
con nuestros enemigos algun trato
contra la patria. La blandura anima
á la maquinacion, al atentado.
No se perdone yá ni edad ni sexo...
¿En que estriva el dominio soberano
de Venecia? en la cauta desconfianza,
en la severidad. Oy castigando

á qualquier delinquente, Siracusa
imite recta aquel sistéma sàbio.
Lor. Cierto que es afrentoso, que en Sicilia
numere Solamir sequazes tantos
en nuestros dias. Solamir, un Moro
que à Moros manda; y deplorable caso,
que en Isla tan guerrera, tan christiana,
y entre nosotros tenga de su vando
à infinitos, vendidos al coécho. (cio:
Ya trata nuestra ruina allà en Bizan-
ya logra introducirse en Siracusa
disponiendo la guerra, mientras falso
la paz ofrece; y para desunirnos,
procura de mil modos engañarnos.
Tambien le aclama un sexo peligroso,
cuyo debil capricho tiene mano
absoluta en un vulgo todavia
mas debil: ese sexo que con pasmo
admira siempre novedades y heroes.
¿No reparais que ya los ciudadanos,
se emplean en las artes seductoras
á que dedica Arabia su conato?
artes dañosas con que los hechizan:
artes que noblemente desdeñaron
admitir nuestros inclitos abuelos.
Nuestra arte sea vencer, solo esta alabo.
Espero en mi valor. Del vuestro fio.
Y la severidad austera aplaudo,
que ha de vengar la libertad y leyes.
Bastó un traydor para poner en manos
de viles Moros á la rica España.
Entre nosotros nace á cada paso
no un traydor sino muchos, y conviene
que tanta iniquidad tenga su pago.
Prefiera á la piedad el bien de todos.
Y Solamir vencido, y prescribamos
á aquel Tancrédo en cuyas venas late
la sangre, que odia el buen Siracusano,
á aquel que debe sernos mas temible.
Su patrimonio por decreto sàbio
á Orbasán transmitimos justamente,
confundiendo por fin à los contrarios
que siguen en secreto el fatal nombre
de ese Tancrédo.
A ti, Orbasán gallardo,
te tocan sus riquezas: sean tu dote
tu recompensa.
Cat. Todos lo firmamos.
Viva opulento en una Corte odiosa
Tancrédo, y logre su valor aplausos.
Nada que pretender aqui le quede.
Pues eligiendo à un despota por amo,
renunció toda accion á nuestros muros.
Pierda toda esperanza, y à un esclavo
de los Cesares nunca se permita
poseér nada entre republicanos.
Coluna es Orbasàn de nuestras leyes;
y quanto hace por él oy el estado
que en sus hombros sustenta, es muy debido.
Dixe mi parecer.
Arg. Ya le declaro.
esposo de Amenaida. Amor la tengo.
Mas no quisiera despojar por ambos
á un huerfano forzado de mi voto.
Bien lo sabeis.
Lor. Culpais quizà al Senado?
Arg. No: el rigor aborrezco; pero siempre
en rendirme á la ley he sido exâcto,
y el comun interès he preferido.
Orb. Bienes son de la patria todos quantos
concederme intentais, y corresponde
que solo se adjudiquen á su erario.
Ni tan corta merced pretendí nunca.
Arg. Basta... Y oy mismo quede executado
este nupcial ajuste. Resplandezca
mañana el dia alegre en que esperamos
conozca Solamir no es invencible.
Solamir arrogante, ese africano;
caudillo de unas gentes destructoras.
Ese, que siendo en todo tu adversario,
con promesas de paz quiso llamarse
mi yerno, y creyó asi dexarme honrado:
de tu competidor sal victorioso.
Alerta Caballeros. Ya mis años
me privan de la gloria de regiros.
Y pues fiais tan superior encargo
á mi yerno Orbasán, seguir me toca

en mi vejéz vuestros heroicos pasos.
Estar donde vosotros, es mi anhélo.
Mi corazon espiritus bizarros
de nuevo adquirirà : serán mis ojos
fieles testigos de ese esfuerzo raro.
Y espero os habràn visto vencedores,
quando la parca atróz llegue á cerrar-
los. (rémos,

Lor. A vuestra orden , Señor, combati-
seguros de alcanzar incito lauro:
Pues la gloria del triunfo nos aguarda,
ó la de dar la vida á vuestro lado.

Vanse los Caballeros.

SCENA II.

Argiro y Orbasán.

Arg. Soy valiente Orbasán, por fin tu pa-
dre.
Depusiste el rencor de tus agravios?
hallaré afectos de hijo en ese pecho?
con tu amistad podré contar acaso?

Orb. Argiro, le repito. Amo á lo pa-
tria.
Ella nos reconcilia , y oy á entrambos
el parentesco y la razon nos une.
Nunca hubiera tenido efecto el lazo
que reciprocamente nos estrecha ,
si en tí, Señor, no hubiese yo esti-
mado
la virtud à pesar de enemistades, (tos.
que ojalá borre el tiempo de sus fas-
Amor podrà añadir sus eslabones
à mi nueva cadena. Mas tan alto
himenéo no debe ser resulta (drando
del ardor de un instante, que engen-
indiferencia , y aun à veces ódio,
en otro instante se verà apagado.
Aqueste pecho que la patria incita
adquirir fama en los marciales campos
no acierta à suspirar entre zozobras.
Con mi consorcio intento serte grato.
Unir qual convenia nuestras casas,
restablecer el ilustre del estado.
Volver por tu interes y por el mio.
Frustra su hechizo el amoroso encanto
quando intervienen tan supremos fines.
Amor podrà esmerarse en sus regalos,
mas calle aqui el estruendo de las ar-
mas. *Arg.* Esa entereza militar alabo:
pero lo ingenuo agrada, no lo adusto.
Tu consorte con finos agasajos
espero aplaque ese ánimo terrible.
No basta ser guerrero. El suave trato
realza las virtudes , y conviene
al valor. Amenaida, alla en Bizancio
criada en nuestros tiempos borrascosos
fue por su madre desde tiernos años:
y bien conoceràs , que acostumbrada
à modáles y estilo cortesano,
asustarse pudiera , si al principio
de tí se viese recibida acaso
con feróz ceño y rigida estrañeza.
Tratala con blandura , con alhago.
Y perdona , Orbasán , estos consejos,
como que son de un padre y de un an-
ciano. (dura

Orb. Tu eres quien debes perdonar mi
condicion. En los reales me criaron
lexos de la ficcion y la apariencia.
Pospuse aquel inutil aparato
de urbanidades falsas , aquel arte
de adular y los usos de Palacio,
à la virtud severa de costumbres
Republicanas; pero cuna y grado
sé respetar en un amable objeto,
que te ha debido el ser. Y me preparo
á merecer su amor con mis caricias:
á estarte siempre en ella contemplando:
à honrar con ella mi persona propia.

Arg. despues de haber mirado ácia el foro.

Arg. Aqui viene obediente à mi man-
dato.

SCENA III.

Argiro, Orbasán y Amenaida.

Arg. La dicha de la patria, los ardientes
votos de Siracusa congregados,
tu padre , el Cielo esposo te destinan,
sin que haya escusa que alegrar à tan-
preceptos reunidos. Este noble (tos
Caballero , que se ha reconciliado
conmigo , para gloria de la patria,
acaba de admitir de mí tu mano.
Ya su nombre, su clase y fama sabes.
En Siracusa poderoso , el mando
del exercito tiene. Los derechos
de Tancredo, que en el oy subrogamos.

Ame. De Tancrédo! *ap.*
Arg. Es lo menos que realza
el esplandor de este nupcial contrato.
Orb. Grande honra de él, Argíro, me resulta.
Y la amable presencia de ese raro
Prodigio de belleza en mi alma añade
quilates al valor del bien que alcanzo.
Logre yo mereciendo tu asistencia,
y el sí à que aspiro del hermoso labio,
coronar nuestras mutuas esperanzas.
Ame. Padre, bien sé la parte que has tomado
siempre en mis males. Sé que solicitas
mi dicha en todo. Asi lo estás mostrando
en darme por esposo un Heroe ilustre.
Y apenas las discordias que inquietaron
tus importantes dias, terminadas
por tu cordura en fin á ver llegamos,
quieres que tu hija digna prenda sea
de union de que dimanan bienes tantos..
Mas, ó Orbasàn, permite que Amenaida
opresa desde niña por los hados,
y ahora con la nueva que recibe;
confusa y entregada al sobresalto
que es justo la ocasione, se retire
al seno de su padre, un breve rato.
Orb. Asi, Señora, corresponde. Y lexos
de mostrarse Orbasàn jamàs contrario
de afectos tales, dignos de su aprecio;
si osase distraerte de cuidado
tan legitimo, juzga abusaria
del derecho de esposo: mis soldados
dexo en campaña, à acaudillarlos vuelvo.
No basta el logro de esa bella mano.
Merecerla es preciso. La victoria
merecedor me harà. A coger sus lauros
va mi valór al punto, y en las fiestas
de nuestra boda serviràn de ornato. *va.*

SCENA IV.

Argiro y Amenaida.

Arg. Lacrimosos los ojos, y turbada
apartas de mí el rostro con espanto!
tus suspiros me ofenden, y acreditan
que es muy dificil obedezca el labio,
si el corazon repugna.
Ame. En mi conflicto,
es fuerza confesarte, que no alcanzo
como despues de tan tenàz discordia,
tú y Orbasàn seais de un mismo vando.
¿Quién me dixera à mí que yo debia
uniros à las dos, y que en mis brazos
veria al enemigo de mi padre?
jamàs olvidaré que profesaron
nuestra casa las guerras intestinas,
que huyendo del peligro à bien lexano
suelo, tuvo mi madre que ausentarse;
que con élla privada de tu amparo,
viví yo mucho tiempo padeciendo
sus tristes infortunios en Bizancio.
La adversidad probé desde la cuna.
Errante con mi madre y à su lado,
destierro y proscripcion padecer supe:
supe tambien sobrellevar el vano
acogimiento de una altiva Corte.
Supe disimular hasta el engaño
de fingida piedad, peor que el desprecio.
Noblemente exaltada entre los varios
reveses de una suerte tan humilde,
perdí à mi madre; y entregada al llanto
me hallé en el mundo sola, sin abrigo,
qual debil caña en descubierto campo.
Trocóse tu destino. Siracusa
perturbada con nuevos sobresaltos,
te vuelve tus riquezas, tus honores;
y confiriendo à tu pericia el mando
de sus armas, consigue finalmente
echar de su recinto à los tiranos.
Restituida ya al paterno seno,
del qual me habian antes desterrado
las desgracias; preveo que à mi vuelta
han de asaltarme en él mayores daños.
Mi padre enciende el hacha de himenéo, y el fin con que la enciende bien alcanzo.
Victima fui, Señor, de tu enemigo.
Tambien à serlo tuya vengo al cabo.
Y quizà serà oy de nuestros dias,
el dia mas terrible, el mas infausto.

Arg. Antes bien serà prospero, no temas.
Yo te quiero, y tu gloria està à mi cargo. (juria
Debo vengar la afrenta y grave in-
que Solamir me hizo, quando en cambio
de la paz que ofrecia, à proponerme
le admitiese por yerno llegó osado.
Oy te destino al heroe, que dirige
à triunfar de él sus animosos pasos:
al mas grande de todos los caudillos:
à quien nuestra defensa ha armado el brazo:
mi emulo en otro tiempo; ya mi apoyo.

Ame. Qué apoyo! de que alabes tu me espanto
su elevada fortuna; mas humilde
la quisiera mi pecho moderado.
Quisiera yo que un hèroe tan altivo
y poderoso, à la inocencia ufano
no despojase para engrandecerse.

Arg. Oy el consejo riguroso y sabio
en Tancrèdo castiga à una estrangera
estirpe, que abusó por tiempo largo
de su poder...Bien sabes que son muchos
sus enemigos.

Ame. Padre, ó yo me engaño,
ó aun aman á Tancrèdo en Siracusa.

Arg. Sus heroicas empresas admiràmos.
Dicen que ha reducido ya la Iliria:
pero quanto mas èl milite baxo
las aguilas Cesareas, menos debe
confiar en volver al suelo patrio.
Para siempre un decreto le destierra.

Ame. Tancrèdo para siempre desterrado!

Arg. Temida es su presencia en Siracusa.
Y baste le hayais visto allà en Bizancio: (migo.
para que sepas que ese es nuestro ene-

Ame. No le creia tal. Bien al contrario
vencedor de los Moros le juzgaba
mi Madre, y de la Patria firme amparo.
Y quando á sugestiones, ambiciosas
de ese Orbasàn, infieles Ciudadanos
te oprimieron quitandote tus bienes;
por tí hubiera mil muertes arrostrado
Tancrédo. Esto señor no màs, sabìa.

Arg. Basta Amenaida: sigue sin retardo
el dictamen de un Padre, y considera
la situacion, los tiempos en que estamos.
Aqui se mira yá con igual odio
à Tancrédo, á la Corte de Bizancio,
y à Solamir. Si quieres, hija mia,
ser dichosa, obedece. Sesenta años
por el estado combatí animoso. (to.
Injusto le serví, le amé aunque ingra-
Asi pensar hasta morir me toca:
mis afectos imita. Antes que el plazo
de mis dias se cumpla, dà à estas canas
este consuelo que de tí esperaron.
Cerca està de su termino mi vida.
Siga la tuya mis honrosos pásos:
vive dichosa, y moriré contento.

Ame. Padre mio; de dicha no hables tanto,
No echo yo menos la Cesarea Corte:
Mi corazon y vida te he entregado.
Pero te ruego que por breves dias
no dispongas de mí. Señor, reparo
que à Orbasàn te sugetas mucho: juzgas
eterno su poder? su ruina aguardo:
todo muda, y quizà fuera de tiempo
se creè yà tu yerno y mi tirano.

Arg. Que es esto? di.

Ame. Mi ingenuidad conozco
te ofende, y te parece desacato.
Respetado mi sexo allà en las cortes,
casi en vuestra Republica es esclavo:
aqui muda obediencia le prescriben,
si cultos le tributan en Bizancio.
Los Musulmanes con prolixo yugo,
transtornando á Sicilia, desterraron
sus costumbres suaves. Mas quién puede
tu paterna bondad haber mudado?

Arg. Tu sola, tu; que tanto abusas de ella.
Absorto de quanto oigo de tu labio,
dilacion te permito, no repulsa.
Nadie podrá romper este contrato.
Mi palabra está dada. Y echo indigno
será faltar à ella. Infeliz astro
me domina! en creèrlo asi no erraste.
Jamàs deseos mios se lograron:
ni hé vivido un instante sin tormenta.

Cesad, ò melancolicos presagios!
y suerte mas benigna que su Padre,
tenga la hija con el nuevo lazo.

SCENA V.

Amenaida sola:

Ame. Tancrédo, dulce amante! qué! perjura
te habia de ser yo por tu adversario,
y mas cruél que él mismo! yo vilmente
con tu opresor tu herencia desfrutando,
habia de:::

SCENA VI.

Amenaida. Fania.

Ame. Ven ven, querida Fania.
Escucha de mi vida el postrer fallo.
Por esposo á Orbasàn me dá mi padre!
Fa. Sé que debe costarte gran quebranto
obedecer. Conozco la firmeza
de tus afectos, y su digno blanco.
¿Que rigores la suerte, que atractivos
tubo jamàs la Corte, que tus pasos
de la senda escogida desviasen?
tu pecho diste, y para siempre dado.
Tancrédo y Solamir secretamente
tu beldad á porfia idolatraron.
Pero el que justamente distinguiste,
y mereció tu inclinacion por lauro,
el que en Constantinopla preferido
fue de tí á Solamir; al mismo paso
oy lo será à Orbasán en Siracusa.
Eres constante...
Ame. Qué?
puedes dudarlo?...
de bienes priban, con destierro ultrajan
à Tancredo. Que no es en hèroes raro
un injusto destino: ya conozco
que el mio es de adornarle en mayor grado.
Echandose està menos su presencia.
El pueblo le ama; y...
Fan. En sus tiernos años
expulso de la patria, los amigos
de su olvidado padre, abandonaron
bien presto al hijo à su contraria estrella.
En tanta ausencia tu firmeza estraño.
Solo el propio interés tienen los grandes
por fixo norte. El pueblo es mas humàno.
Ame. Y mas justo tambien.
Fan. Mas yace opreso;
y no se atreven nuestros partidarios
á hablar por un proscrito, temerosos
del poder absoluto del Senado.
Ame. Si. Grande es su poder, quando
está ausente Tancrédo.
Fan. Todavia yo, si acaso
tan lejos no estubiese, esperaria...

Amenaida á Fania.

Ame. Amiga, sabe pues, sabe el arcàno:
de tí me fio. Cerca está mi amante.
Y pues indignamente acumulando
tiranias, pretenden alejarme;
aparezcase, y llenèlos de pasmo.
Tancrédo està en Mecina.
Fan. Y es posible,
que á su vista te dèn à su adversario?
Ame. No temas que de èl sea: un dueño mismo,
tendràn oy Amenaida y sus tiranos.
Vèn te lo dirè todo. Nada temo.
A romper tan vil yugo me preparo,
que solo el nombre de Tancrèdo aníma
mi flaqueza. Delito el mas bastardo,
seria desistir de sus impulsos.
Baxèza obedecer à sus contrarios.
Si viene aqui mi amante, por mì viene;
que no lo desmérezco. Y entregando
como timida esclava mi persona
que es de èl unicamente à su tirano,
yo victima inocente, ¿trocaria
una infidelidad en mèro acto
de obligacion? ò Fania! à nuestro sexo
inspira amor aliento extraordinario:
A mí me toca acelerar la vuelta
dichosa de Tancrèdo: ni me espanto
de peligro ninguno, porque todos
naciendo del amor me seràn gratos.

ACTO II.

SCENA I.

Amenaida sola.

Ame. A donde voy?..de que me aterrorizo?..

de

de que agitada? ... yo remordimientos !...
Solo el delito debe ocasionarlos.
Justa es mi causa, protegedla, Cielos!
Nada hay que tema... *A Fania que*
Estoy obedecida ? (*sale.*
Fan. Tu carta dí al esclavo, y partiò luego. (lengua;
Ame. Bien sè pende oy mi vida de su
mas siempre me ha servido con fiel zelo.
Todo asi à un infelìz suele deberse:
aqui nació, de un Musalman es nieto:
ambos idiomas, ambas leyes sabe.
Conoce el campo de los Sarracénos
y las sendas reconditas del Etna,
cambiarán mis destinos por su medio.
El descubriò que ocultamente estaba
en Sicilia de vuelta ya Tancrédo.
Mas temeroso de perjudicarle,
si emprendiese ir á verle, con acierto
juzgó debia solo darme aviso. (pero
Mi carta à un moro entregará, y es-
llegue á Mecina antes que rompa el alba.
Las urgencias de Moros y de Griegos
han mantenido en tan prolixa guerra
un trato mutuo indispensable entre éllos.
Naturaleza asi à los hombres une.
Fan. Peligrosa es la empresa : pero el riesgo
juzgo menor, pues omitir supiste
cuerda en tu carta el nombre de Tancrédo.
Aquel temido nombre, al qual se postran. (tedio
los demàs nombres todos, que con
nuestros tiranos oyen; aquel nombre
que dulcemente amor gravò en tu pecho. (bido
Mas si en tu idea siempre està has sa-
al escribir callarle por lo menos.
Y aunque lleven tu carta al campo Moro,
nada colegirán de su contexto. (cia.
Jamàs procedió Amor con tal pruden-
Jamàs vistió tan maravilloso velo,
ni sin temeridad fuè tan osado;
mas con todo algun mal me estoy temiendo.
Ame. Dios hasta aqui parece me protexe.
Y he de temér enviandome á Tancrèdo?
Fan. En otra parte su piedad os junte:
el ódio, el interés de furor ciego
contra él estàn armados. No se atreven
á romper sus parciales el silencio.
¿ Quién sostendrà su causa ?
Ame. Quien ? su gloria.
Un hèroe perseguido con su aspecto
gana los corazones; y su vista
enciende en todos vengativo fuego.
Fan. Si; pero su adversario es muy temible.
Ame. Desechad ya el terror y el vano empeño.
de infundirmele. Acuerdate que entrambos
mi madre nos unió quando el aliento
iba à faltarla. Que Tancrèdo es mio.
Que no hay contraria ley que en los deseos
ni en los afectos de los dos arbitre.
La larga ausencia de este infausto suelo
llorabamos, y allà desde los muros
Cesareos á pesar de su embeleso,
tristemente volviamos los ojos
á estos amados campos que oy detesto.
¡ Què agena estaba yo, de que la suerte
al tirano opresor de mi Tancrèdo
llegaba à destinarme por esposo!
¡ qué agena de que en dote en tiempo alguno
me ofrecia los bienes de mi amante,
el mismo usurpador de todos ellos!
sepa aquel la injusticia, y de mi boca
sepa su perdicion y mi tormento.
Venga y no tarde à defender su causa.
Para vengar à un hèroe, quanto debo
oy executo, y aun si mas pudiese,
mas haria: à mi padre adoro y temo,
respetando su edad; pero quisiera
armar contra Orbasán todo este reyno
que

que él tiraniza con estilo impropio
de valiente y de noble Caballero.
Aspira codicioso à ilustre nombre.
Aspira à protector de un pueblo esento.
Mi infamia él inhumano determina,
y mi padre la admite y la echa el sello.
Consentirla podré? ¿ podrè entregarme
à un tirano, que piensa que su lecho
dà honor à mi persona? Siracusa
huye la tirania. Pero entiendo
que la mayor es la que exerce ahora
intentando se rindan á su Imperio
el ódio y el amor, la que pretende
en un dia, trocar nuestros afectos...
decidalo la suerte. *Fan.* Discurria
que estabas recelosa. *Ame.* No rezelo.
Fan. Contra Tancrédo oy dicen se promulga
una dura sentencia. Que se ha impuesto
al transgresor la pena de la vida.
Ame. Ya lo sè; y al principio sintió el pecho
el mayor sobresalto. ¡ Mas que débil
es el mayor que se detiene en riesgos!
y pues à un hèroe intrepido idolatro,
por mi parte me toca tambien serlo.
Fan. Podrà extenderse á tí ley tan sevèra?
me persuado no lleve mas objeto
que amedrantar el vulgo. Pues...
Ame. Con todo,
es ley contra mi amante y la condeno.
En fin dictada por los que oy nos man- (dan.
No asi los valerosos Caballeros
sus asciendientes inclitos ganaron
en Italia las almas y los Reynos.
Su lisura en el trato era estimada.
Temiase el rigor de sus azeros.
Nunca abrigaron las sospechas viles,
y el pundonor con vinculos estrechos
à tan grandes caudillos reunia,
encaminando todos sus rezelos
al comun enemigo. Los vasallos
gustosos de servir à tales dueños,
peleaban valientes por su gloria,
y por la propria libertad à un tiempo.
Asi humillan al Griego, al Moro vencen.
Mas ya un Senado sospechoso vemos
que respira venganza, que es odiado,
y que hasta de sì mismo tiene miedo.
Posible es que la llama que me enciende,
me deslumbre tambien. Pero Tancredo
solo me agrada, y quanto de él no sea,
aborrecible me parece: el resto
de los mortales para mì no existe.
El eco de su nombre me dá aliento.
Solo enojo me inspiran sus contrarios.
Y la suerte propicia... Mas que veo?
Fania, no adviertes,.. qué será?...
Fan. Lo ignoro.

SCENA II.

Argiro. Los Caballeros, en lo retirado del foro: Amenaida, Fania, delante del teatro.

Argiro y Amenaida.

Arg. Retirate de aqui.
Ame. Tu, ese precepto? que, Señor.. Pa- (dre...
Arg. Ya no eres mi hija.
Huye de mí á esperar el justo premio
de tus ocultas iras. Alevosa!
tu apresuras mi muerte. Vete léxos.
Otra mano sabrá cerrar mis ojos.
Ame. Qué angustia! à donde estoy tenme que muero.
Ayudala Fania á retirarse; sosteniendola.

SCENA III.

Argiro y los Caballeros.

Arg. A vosotros, Señores, corresponde
tomar resolucion en tal delito.
Bien conozco la injuria que se ha echo
al estado, á vosotros; mas vacilo
entre la ley y el tierno amor de padre.
Y no pretenderéis que yo afligido,
úna tambien mi voto á lo que os dicte
la justa indignacion. ¡Cruel martyrio!
no creo que Amenaida estè inocente:
mas tampoco querreis firme yo mismo
con su muerte mi oprobio. Ni cabria
en mì este riguroso sacrificio,
tan repugnante á la piedad paterna.
Lor. Todos, Señor, de tí compadecidos,
tememos renovar tu sentimiento.

Pero en tus manos propias has tenido
la carta que llevaba á los reales
de Solamir con fines tan iniquos,
aquel esclavo: alli yà descubierto,
murió por no entregarla; y sus designios
bien se manifestaron: Siracusa
perdída estaba ya: nuestro peligro
y el juramento echo no nos dexan
para usar de indulgencia algun arbitrio.
La ley es sorda á la afliccion de un padre.
Habla el estado, y todos nos rendimos.

Arg Ya os entiendo. Ya veo lo que espera
á Amenaida infeliz. Mas solo os digo
que era hija mia, y que está aqui su esposo.
A vosotros recurro en tal conflicto.
Y lleno todo el pecho de amargura,
á morir antes que ella me retiro. *vase.*

SCENA IV.

Los Caballeros.

Cat. La orden de prenderla ya está dada.
Lastima causa vér tan gran nobleza
gracia, atractivo y tan tiernos años.
Las esperanzas y la union perpétua
de dos ilustres casas en la tumba
por siempre sepultadas con afrenta.
La religion, la fé del himenéo
pronuncian inflexibles la sentencia.
Y es debida á la patria esta venganza.
Llamar la infiel á un Extrangero! Gre-
y Sicilia tubieron individuos, (cia
que á pesar de la gloria, y de la excelsa
calidad de christianos, se apartaron
de nuestras leyes con infamia eterna,
por esos Musulmanes vencedores
en todas partes, y que en todas ellas
nuestros tiranos son.
Mas que Amenaida, *A Orbasan.*
hija de un Caballero de alta esfera,
quando iba à ser tu esposa, y dirigia
los pasos al Altar, medité empresa
tan arrojada?.... Siracusa, os pide,
Señores, la venganza mas tremenda.

Lor. Siento decirlo: mas su muerte es justa.
El lustre mismo de su estirpe afea
su culpa mucho mas. ¿Hay quien ignore
lo que ambicioso Solamir intenta?
su amór, ni sus designios temerarios?
¿à quién se oculta la sagáz destreza
con que engaña halagueño? aquella astucia
que ojos deslumbra y ánimos sugeta?
Amenaida esta carta le escribia.
Reynar en Siracusa! Manifiesta
se vé la trama en solo estas palabras.
Lo demás permitid que no lo lea:
por honra de Orbasan rubor inspira.
Què Caballero habrá que salir quiera
segun la antigua usanza à hacer alarde
de su valor en tan marcial palestra
para justificar á esa infelize
exponiendo su gloria á contingencias?

Cat. Noble amigo, tu injuria conocemos
qual tu propio: borremosla en la guerra.
Un crimen grande rompe las coyundas
de himenèo: destierra de tu idea
á esa falsa muger, cuyo castigo
no te ofende Orbasan, antes te venga:

Orb. Si agravio no, consternacion me causa.
Mas quièn viene? ella es: la llevan presa
à la obscura mansion de los malvados!
ah! que sonrojo! què furor! què ofensa!
dexadme hablarla.

SCENA V.

Los Caballeros delante del teatro. Amenaida, en lo retirado del foro, rodeada de Soldados.

Ame. ¡O Dios omnipotente!
A Amenaida no niegues tu asistencia
en este trance. Sabes el objeto
de mis deseos; sabes la pureza
de mi intencion. Tan grave es mi delito!

Catán á Orbasan.

Cat. Hablar con esa infiel! aún quieres
verla! *Orb.* Si, Catán.

Catán á los Caballeros.

Cat. Vamos pues.
Pero no olvides, *Y luego á Orbasán.*
que las leyes, honor y Altares quedan
altamente ofendidos. Que la patria
pide, aunque con dolor, que se la ofrezca

una

una victima.

Orb. á Cat. Nada, nada olvido.
Soldados, idos ya de mi presencia.

SCENA VI.

Amenaida y Orbasán.

Ame. A què te arrojas? dí, ¿ insultar pretendes
arrogante, mis horas limitadas?

Orb. No se abate mi orgullo à tal exceso:
mi mano te ofrecí; y quizá dictada
fue entonces por amor, mi eleccion misma
dudo si aún en mi pecho arde su llama;
ó si mi indignacion la habrà extinguido.
Mas no sufrirè yo lo que me agravia.
Creer no puedo que à Orbasan prefieras,
un caudillo enemigo de la patria,
un Musulman, un bárbaro: tal crimen
es muy absurdo, y no, no cabe en tu alma.
Por tí, por el estado, por mi gloria
cierro los ojos, y no creo nada.
Siracusa me cree esposo tuyo.
En tí respeto mi persona; y basta.
Mi gloria está ofendida; y su defensa
quiero emprender: las nobles leyes mandan
à todo Caballero estos combates,
depositando el Cielo en nuestrà espada
su irrevocable juicio. Ella decide
la inocencia: à vengar irè tu fama.

Ame. Quièn?

Orb. Yo mismo: confiado me prometo
que despues de una empresa que realza
mi honor y timbres, sepa merecerme
ese tu corazon que me tocaba.
Y escuso averiguar si algun contrario
ó algun competidor llegó, Amenaida,
à seducirte el ánimo sencillo.
Y si acaso has tenido repugnancia
ó poca inclinacion à ser mi esposa;
en pechos bien nacidos siempre alcanzan
los beneficios triunfo, y las virtudes
en quien siente el desliz aún mas se arraigan.
Tu crèdito y el mio pondrè en salvo.
Pero pretendo como justa paga,
ya se crea altivèz ó amor se crea,
me des tu misma ahora una palabra.
No de aquellas que dicta el predominio
y que pronuncia à veces en las aras,
mas que la voluntad, el temor dèbil.
Háblame sin recelo, sin falacia.
Mi pecho te descubro. Este es mi brazo
armado en tu defensa: por tu causa
quizá perecerè; pero antes sepa
que de tì soy querido.

Ame. Deslumbrada,
y à apenas vuelta en mì, el horrendo abismo
donde me arrojó el hado contemplaba,
quando, Señor, tu oferta generosa
que esperar no debia quien te habla,
colmando la medida á tantos males,
me impele ya al sepulcro, que à mis plantas
se ofrece abierto... A serte agradecida
oy, Orbasan, precisas á Amenaida.
Y proxîma al suplicio que la espera,
que te estima tan solo te declara.
Ya es fuerza me conozcas; no, no dudes
que mi pecho te ofende. Pero en nada
he faltado á mi patria, ni á mi gloria,
ni te he faltado á ti pues que palabra
de ser tuya no oíste de mi labio.
Nunca te he sido infiel, aunque sì ingrata.
Este es mi crimen y ni puedo amarte,
ni con tal condicion admitir salgas
á batallar por mí: sé la dureza
de vuestras leyes, de la ley tirana
que á morir me sentencia: no blasono
de ver tranquilamente que preparan
mi espantoso patíbulo; antes siento
perder la vida, que me fuè tan cara.
Llóro mi muerte, y llóro por mi padre.
Ni abatimientos, ni pavores bastan
à que finxa contigo... Soy ingénua.
Y si en esto juzgares que mi alma
delinque contra tí, mayor sería
su culpa, no lo dudes; si olvidada
de lo que á sì se debe; prometiera
ser de Orbasan: perdona si Amenaida
en fin pronuncia que aceptar no puede
ni

ni tu mano de esposo, ni tus armas.
Castiga pues, Señor, esta franqueza,
tomando como puedes la venganza.

Orb. Solo á vengar, Señora, me reduzco
á Siracusa, à despreciarla audacia,
el desden altanero, y á olvidarle.
Mi brazo en tu defensa se empeñaba.
Con mi gloria cumplí, cumplí contigo.
Ya solo soy un Juez, que en la observancia
de la ley inflexible qual es élla,
no debe dár á sentimiento ó saña
propia oídos parciales, ni digno
de averiguarle á ese misterio el alma.
Opongo á tu esquivez todo el desprecio.
Y sin ira dexandote embriagada
de ese tenáz error, solo me toca
vencer á Solamir. Vengar mi patria.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. ¿Con qué debo morir de muerte infame?
creyendo están que á Solamir he dado
mi corazon. ¡Oh! ¡tú que mereciste
el único mi fé entre los humanos!
oh! tu, que eres objeto de su envidia,
idolatrada causa de mi llanto!
por tí voy á morir, y no me pesa.
¿Pero como resisto ese aparato?
La plebe que se junta, esos verdugos?
ah! muerte vergonzosa! qué desmayo
me yela el pecho, al proferir tu nombre:
mas vergonzosa sin razon te llamo;
que en morir por Tancredo no hay verguenza.
La vida pierda yo en un cadálso,
como no se gradué de castigo.
Patria y padre me acusan de infiel trato
porque intenté servir á padre y patria,
denigrarme, extinguirme quieren ambos.
Y à favor suyo, solo á su inocencia
tendrà Amenaida en trance tan amargo
Mas ó Tancredo, que dolor te aguarda!
Fania mia; ¿es posible que mis hados
el consuelo me dan de que te vea?
amiga, presto va á cumplirse el plazo
de mi vida.

Fania, besandola la mano.

Fan. Primero muera Fania!

Ame. Pero qué!
ácia esta parte van llegando
los fieros monstruos... Quando al héroe vieres
por quien la vida perderé, te encargo
le dediques mis últimos afectos,
y tierna despedida. Por su mano
será quizá vengada quien le adora.
Hoy moriré por él... Qué mayor lauro?

ACTO III.

SCENA I.

Tancredo acompañado de dos Escuderos que traen su lanza, su escudo, &c. Aldamón, Soldado.

Tanc. Oh patria, amor de todo noble pecho
en Siracusa estoy: mi alma se goza:
Aldamón, fiel amigo de mi padre,
Aldamón por quien lógro verme ahora
en este suelo en fin; qué alegre dia!
si infeliz fué mi suerte, ya es dichosa:
mas te debo que digo, ni que piensas.

Ald. Mucho ensalzas, Tancredo, accion tan corta.
Solo soy un Soldado, un buen patricio.

Tan. Soldado soy tambien, y los patriotas
siempre deben tenerse por hermanos:
eres mi igual.

Ald. Dos años las penosas
armas seguí á tu mando en el Oriente,
y allí, Señor, te ví exceder en gloria
á quanto acumularon tus mayores.
Tus altos echos, tu virtud heroyca
desde cerca admiré. Citar no puede
mi humildad otro mérito, y te consta
que me crié en tu casa, y que fiel debo.

Tanc. Ser mi amigo Aldamon, y no otra cosa.
Qué! estas son las murallas que pensaba
yo defender! murallas venturosas
á quién mi tierno amor respetó siempre,
en que hallè cuna, y que de sì me arrojan

con proscripcion perpetua!.. ¿en que parage
vive Amenaida? dime.

Ald. Donde mora
su padre, alli en aquel Palacio antiguo
no lexos de esta plaza: despues nota
el eminente alcazar, en que siempre
este altivo Senado se convoca,
compuesto de Caudillos, que la patria
valientes sirven, y sus leyes forman,
y que lográran sujetar al Moro,
si del apoyo cuya fuerza ignoran
no se hubiesen privado. Los escudos,
las cifras, las divisas que pregonan
sus empresas, sus ínclitas hazañas;
alli con marcial gala se colocan.
Pero entre tantos nombres, echo menos
Señor, el tuyo heroyco.

Tanc. Oculto corra,
pues aqui le persiguen; que bastante
le celebra quizá nacion remota.
Y vosotros colgad ahi esas cifras;
A sus Escuderos.
pero borrenlas antes negras sombras.
No irriten mas la furia de los vandos.
A las paredes aplicad sin pompa
esas modestas armas, vivo emblema
del acerbo dolor que me acongoja.
Colocad ese escudo, y casco humilde.

Cuelgan los Escuderos las armas de Tancredo en los huecos vacios; entre los demás trofeos.

Mi divisa guardad, que corrobora
mi esfuerzo en los conflictos de la guerra.
Esa divisa energica preciosa,
norte de mi esperanza y de mis pasos,
con respetos profierela mi boca,
amor y honor. Si algunos Caballeros
vienen aqui, decid que una persona
que quiere estar incognita ha llegado
á esta Ciudad, á impulsos de su gloria,
con ansia de seguirlos en la guerra,
y de llevar á su valor por norma.
Amigo, ¿quién los manda? *á Aldamon.*

Ald. Por tres años
obtubo el mando (bien haces memoria)
el noble Argiro.

Tanc. El padre de Amenaida! *ap.*
padre de aquella que mi pecho adora!

Ald. Avasallale un tiempo aquel partido,
cuyo imperio tenemos, despues cobra
su poder, y por nombre, honor y sangre
le respetan; mas ya la edad le postra:
sucedele Orbasan.

Tanc. Orbasan, Cielos!
por su Caudillo Siracusa nombra
á mi opresor, á mi mayor contrario!..
nada me calles ¿Porqué no me informas
de esas voces? ¿es cierto que insolente,
sobrecogiendo á un padre debil logra
que le admita á su alianza, y le conceda
á la bella Amenaida por esposa?
cómo á tal se atrevió? como á mirarla?

Ald. Algo ayer entreoí de aquesta boda.
Lexos de la Ciudad, en aquel fuerte
á donde te alojè, vivo con honra
entregado á mi empleo, y te aseguro
que quanto pasa aqui, Aldamon lo ignora.
Pues como en Siracusa te persiguen
le son élla y sus nuevas siempre odiosas.

Tanc. Fiel amigo, este pecho te descubro:
vete velóz donde Amenaida mora:
díla pues que hay de oculto un Caballero,
que ansioso solicita verla á solas,
como afecto á su madre en la edad tierna,
y adicto á su familia. Dí que importa
esencialmente á su elevada estirpe,
à sus prosperidades, à su gloria
que la hable de un asunto.

Ald. Libre entrada
tengo siempre en su casa, y con gozosas
muestras ofrecen, tratan y acarician
à los que aún, Tancredo, aqui blasonan
de seguir tu partido. ¡O si la sangre
de los franceses à la noble propia
hubiese aliado en firme union Argiro!
mas cumplir tu mandato ya me toca.
Y qualquiera que en éllo tu fin sea,
el exito te anuncio desde ahora. *vase.*

SCENA II.

Tancredo y los Escuderos en el foro.

Tanc. Favorable serà, y el Cielo mismo
que à los pies de Amenaida me conduce,
y que protege siempre al amor puro,
al puro honor; el Cielo (cuyas luces
por las tiendas del Moro me guiaron)
entre mis enemigos, aún influye
en mi causa benéfico. Amenaida
me ama, y me destierra ya las densas nubes
que este ánimo doliente obscurecian.
Y à la verdad solo por ella pude
dexando à Iliria y los cesarèos reales,
volver al natal seno, al seno dulce
de mi tirana patria, que no hay cosa
en mi aficcion que el alma asi me ocupe,
si exceptuo à Amenaida. Què! ¡es posible
que el Padre quando llègo yo, me usurpe
la mano que idolatro, y que la hija
con traicion inaudita asi me injurie!
¿quièn es ese Orbasan? ese atrevido?
quales son sus hazañas? quièn le infunde
aliento de aspirar al alto premio
que compete al valor de un hèroe ilustre?
El premio que à mì à lo menos se me debe
por derecho de amor: ah! no, no dude
que antes podrà privarme de la vida,
que de esta prenda. El corazon discurre
que aun despues de mi muerte, el de Amenaida
me serà fiel. Asi mi amor lo arguye
del que la debo, y con razon se crea
que quanto ella me amó, yo amarla supe

SCENA III.

Tancredo y Aldamon.

Tanc. Afortunado amigo, què la has visto?
conduceme à sus pies.

Ald. Ah! no procures,
Señor, tal cosa. La mayor desgracia...

Tanc. Què dices Aldamon? por què te cubres el rostro? lloras?

Ald. De esa infausta orilla,
presto, Señor, y para siempre huye.
Que yo (aunque humilde) estàr aqui no puedo
despues de las maldades que produce
el terreno que piso.

Tanc. Cómo? dónde...

Ald. Con ese esfuerzo à otro paraje acude.
En las cesareas tiendas oy la gloria
te està aguardando: aqui ya no la busques.
Vete, que solo infamias y desastres
en tu patria hallaràs.

Tanc. ¿Qué pesadumbre intentas darme?
dì: què es lo que has visto? *precipit.*
qué te ha dicho Amenaida? nada ocultes.

Ald. Tu amor conozco. Olvidala.

Tanc. Olvidarla!
Cielos!.. Venció Orbasan? á mì me excluye?
pérfida! al enemigo de su padre!
á mi opresor!...

Ald. Firmò el nupcial ajuste
Argiro esta mañana, y ya la pompa
estaba preparada...

Tanc. Que esto escuche!
seré testigo de traicion?...

Ald. Tu herencia
se les ha destinado segun supe
como dóte, y que tu emulo se apropia
tu patrimonio.

Tanc. Que Orbasan usurpe,
lo que un hèroe desprecia! accion bastarda.
Posible es que á Amenaida con él unen!
suya Amenaida!

Ald. No es solo este el rayo,
conque el Cielo, Señor, hoy te confunde.

Tanc. Acaba pues cruel: dame la muerte.
Que temes?... Habla...

Ald. A ese valor recurre...
Quando iban à entregarla á tu enemigo,
y ya la antorcha de himeneo luce
entonces su perfidia se conoce.
Poco es te olvide, y que tu anhelo frustre.
La infiel, Señor, á entrambos os vendia.

Tanc. Ella? por quién?.

Ald. No se como pronuncie.

Que es por un estrangero, por el mismo
que oprime à la nacion. y bien discurres.
Hablo de Solamir.

Tanc. Oh fatal nombre!...
Solamir! Cielo! á mi memoria ocurre
que allá en Bizancio suspiró por ella.
Pero fué desdeñado; el triunfo obtuve.
Qué?. Burlar mi esperanza el juramento
alma tan noble. tal maldad no encubre.
La juzgo incapàz de élla.

Ald. A pesar mio,
he hablado; pero no hay quien no divulgue
este horrible secreto.

Tanc. Amigo, escucha:
no hay corazon virtuoso á quien no insulten
la impostura y la envidia: á ambas conozco.
Proscrito yo desde la infancia anduve
de desdicha en desdicha sin auxilio.
A prueba de ellas, qual diamante en yunque,
peregrinando de uno en otro estado
heroycamente mi valor discurre,
y el rencor de la envidia prové en todos.
Desde que ví del Sol las puras luces,
à la calumnia ví exalar venenos.
Quanto tiempo acusó su lengua impune
al mismo Argiro? aún en Siracusa,
quiza las iras de aquel monstruo influyen:
de esta mortal ponzoña se alimentan
sus serpientes maleficas, que inducen
á los credulos pechos à traiciones.
Su voráz saña á quanto no recurre!
à mi costa lo sé, y tambien su encono
daña á Amenaida, y á su nombre ilustre:
à hablarla voy...

Ald. Señor... detente... Es fuerza
que ya todo el veneno al vaso apures.
Del seno de su padre arrebatada,
está en prision. *Tanc.* Que dices?

Ald. Señor, huye
de esta plaza, pues à élla sacar deben
à Amenaida al suplicio.

Tanc. ¡Que esto sufre
mi valor!.. á Amenaida.. Cielos! como?

Ald. De injusticia no falta quien gradue
un sacrificio tal: todos le lloran;
pero solo à llorarle se reducen.

Tanc. No creas tu que llegue à executarse
tan enorme atentado.

Ald. El Pueblo acude
al tribunal. Ya gime, y se enternece;
en denuestos é injurias ya prorrumpe
contra élla. Curioso y lastimado,
dà indicios de ansia de que se efectue
la execucion, y tumultuosamente
las cercanias de la carcel cubre.
Estraño anhelo vér à una infelice!
en breve ocuparà la muchedumbre
los pórticos que ahora veis vacíos:
Señor, huye de aqui: mira que urge.

Tanc. ¿Pero que anciano sale de aquel templo
tan afligido? su semblante infunde
compasion y respeto. Los criados
imitan su dolor.

Ald. No, no lo dudes:
el es: el padre de Amenaida.

Tanc. Vete:
pues ignoran quien soy, quiero lo ocultes.

SCENA IV.

Argiro á un lado del teatro: Tancredo delante. Aldamon distante de él ácia el foro.

Arg. Oh Cielos! acortad mi triste vida.
Oh muerte! llega, hiere, y mas no pido.

Tanc. Noble anciano, permite à un Caballero
al inferior de todos los caudillos,
que contra la agarena media-luna
tremola su estandarte, y de divino
laurel se ciñen en divinas lides...
Yo venia... perdona al llanto mio,
que alterne con el tuyo.

Arg. Tu eres solo
quien llega à darme algun piadoso alivio.
Los demàs se desvian, ó procuran
irritar mi tormento. En tal conflicto,
tu eres, Señor, quien debe perdonarme:
y pues te dignas hoy hablar conmigo,

sepa quien eres.

Tanc. Soy un forastero
que te respeta, y siente qual tu mismo.
Que sonrojado teme preguntarte.
Que es como tu del hado perseguido.
Disimula te ruego la osadia..
Es cierto que Amenaida?..

Arg. Si, à este sitio
saldrà luego à morir.

Tanc. Es delinquente?

Arg. suspirand. Es...de su padre infamia.

Tanc. Ella, Argiro!..
aunque de aqui distante me he criado,
la fama de su nombre esclarecido
me persuado, que si habitase el suelo
la virtud misma, por santuario digno
elegiria el pecho de Amenaida:
y oy en él la maldad ha hallado abrigo?
oh dia melancolico! oh riveras
siempre azarosas?

Arg. Mi interior martyrio
llega á su colmo: mi sepulcro se abre,
y mi alma baxa con dolor mas vivo
á la obscura mansion de los difuntos;
quando contemplo que ama su delito
mi infeliz hija sin que se arrepienta.
Por esto à defenderla no ha salido
Caballero ninguno; antes su muerte
firmaron, á pesar del uso antiguo.
Que Europa, y el valor aun tiempo aplauden
de defender en noble desafio
al debil sexo. La que fué hija mia,
presto aqui morirà, sin que en su auxilio
haya guerrero que á salir se atreva.
Crece mi angustia; y en el hondo abismo
de mi infamia dominan los terrores.
Reyna el silencio, y nadie mi partido
quiere abrazar.

Tanc. Alguno habrá: no temas.

Arg. ¿Qué impensada esperanza dás á Argiro?

Tanc. Alguno habrá que salga, no por tu hija,
que no merece tal su pecho indigno;
sino por el decoro de su estirpe;
por tí, por tu virtud.

Arg. Ah! ya respiro!
¿mas quien será el que salga á la palestra
y quiera defendernos?.. Con desvio,
con tédio, con horror aqui nos miran..
Tendré algun protector, algun amigo?
¿quién á de pelear por Amenaida,
y ha de lavar mi mancha? quièn?

Tanc. Yo mismo:
y si el Cielo mis armas patrocina,
en premio de mi esfuerzo, solo aspiro
á irme sin que nadie me conozca,
ni nunca de Amenaida sea visto.

Arg. Señor, sin duda es Dios el que te envia.
El contento no puede hallar asilo
en este corazon mísero y triste.
Pero es menor la pena con que espiro.
Y saber no podré à quien tanto debo?
tu gran nobleza por tu accion colijo.
Señor, quién eres?

Tanc. Quien sabrá vengarte.

SCENA V.

Orbasan, Argiro, Tancredo, Caballeros y acompañamiento.

Orb. á Arg. El estado, Señor, está en peligro:
pensabamos salir de nuestros muros
mañana, y se adelanta el enemigo.
Sin duda los traydores que nos venden
le han noticiado ya nuestro designio:
sin duda viene Solamir resuelto
á probar nuestras fuerzas y el destino.
Contra el Moro marchamos, y si vale
mi dictamen, no quieras ser testigo
del atróz espectáculo, que luego..

Arg. Basta Orbasan, que mis anhelos ciño
à perecer en la sangrienta guerra:
de este valiente Caballero fio...

Señalando á Tancredo.

me conduzca al lugar de la batalla:
à pesar de mi afrenta determino
acabar esta vida, acreditando
á mi patria que muero en su servicio.

Orb. Pensamiento muy propio de quien eres!
por la postrera vez hieran los filos
de tu espada en las huestes Musulmanes

Pe-

Pero con toda instancia te suplico
evites ver el lugubre aparato..
Es muy bàrbaro y duro el sacrificio
para que le presencies... Ya se acercan.

Arg. Oh Dios! socorre al infeliz Argiro.

Orb. Desviarse deben los paternos ojos
de tan cruel acto, pues si à el asisto
es por mi empleo, y porque à tanto vulgo
es fuerza contener: ciertos delitos
siempre encuentran severas à las leyes.
Protexerlas me toca, y pues oficio
tan austero no tienes à tu cargo,
¿ porque te expones à sufrir martyrio
en la efusion de sangre, que dispone
la ley establecida ? ya es preciso
te apartes de esta plaza, pues que llegan.

Tanc. á Arg. Antes quedate en ella, padre mio!

Orb. à Tanc. Y quien eres?

Tanc. Quién soy ? soy tu contrario
muy afecto à ese anciano desvalido
quizà su vengador, quizà à la patria
Señor, tan necesario qual tu mismo..

SCENA VI.

Abrese el foro, descubrese á Amenaida en medio de las guardias. Los Caballeros y el pueblo ocupan la plaza.

Arg. Noble desconocido, ah! sostened-(me:
ocultame ese objeto: mi hija sale.

Tanc. Para los tres, que paso tan terrible.

Ame. Oh suprema justicia! tu, que sabes
lo presente, pasado y venidero.
Tu sola estàs leyendo las verdades
de mi pecho: tu sola, tu eres justa:
la turba de los hombres implacable
habla, juzga y condena ciegamente
Nobleza, pueblo, y todo aquel que parte
haya tenido en mi cruel sentencia:
no pretendo ante vos justificarme.
Nuestro Juez sea el Cielo que me escucha.
Senadores odiosos, que dictasteis
un fallo iniquo, si, yo lo confieso.
yo ultragé vuestra ley, que detestable
fue siempre para mì como tirana:
tampoco niego que ofendì à mi padre,
que quiso disponer de mi alvedrio.
A Orbasan agravié que avasallarme
el alma pretendió con arrogancia.
O Ciudadanos! si es vuestro dictamen
se castigue mi crimen con la muerte;
herid... mas permitidme que os declare
mi infortunio: Quien va ante el Juez eterno
nunca à temido hablar à los mortales.
Padre... Señores, que os hallais presente
A los Caballeros.
à mi horrendo suplicio y que estorvarle
debierais.. pero à quien (divinos Cielos!)
alli descubro al lado de mi Padre..!
El es: el mismo... nò, no hay que dudarlo...
Atendedme... Yo muero...

Cae desmayada en los brazos de los guard.

Tanc. Ah! bastante
es mi presencia para confundirla.
Mas no importa... Señores, eschuchadme:
no prosigais, ministros de la muerte:
esperad Ciudadanos, que hay quien sale
à defender su causa: yo me obligo
à ser su Caballero: aqui su padre
(ni menos que ella à muerte condenado
ni de perder la vida mas distante)
mi brazo protector de la inocencia
acaba de admitir. Las leyes callen.
Sentencie el valor solo, que el decide
entre los Caballeros: dilatarse
nada debe. La liza al punto se abra,
y al honor, al esfuerzo se prepare
por los Jueces. A tì Orbasan altivo,
à tì, Orbasan, te reto, y hoy quitarte
la vida deberé, ó tu à mì la mia:
à tì arrojo la prenda del combate.

Arroja al suelo á los pies de Orbasan la manopla.

Atreverasteà alzarla ?

Orb. Tu arrogancia
no, no era digna de honra semejante.

Hace seña á su escudero, que levante la señal de desafio.

Por lo que à mì me debo, y à ese anciano,
que te ha admitido en su temible tran-(ce,

 (aun-

(aunque con propia humillacion) resuelvo
exponerme contigo: á castigarte
va al punto mi valor de la osadia
de haberme provocado. Dí, ¿qué clase,
qué nombre tienes? ese simple escudo
dá de gloria marcial pocas señales.

Tanc. Quizà las obtendrá de la victoria.
La suerte quiere que mi nombre calle:
mas de mi le sabrás en la palestra.
Vamos sin detencion.

Orb. Luego al instante
se abra la valla, y libre de prisiones
quede Amenaida mientras el combate
la restituye á ellas. Compañeros,
sabed que apenas mi valor le acabe,
marcharé á vuestra frente, y el estado
defenderé. Las lides singulares
son de gloria muy breve. Las que encierran
servicio de la patria son durables;
son dignas del honor y de los heroes.

Tanc. Vamos pues, Orbasan. Mas que os declare,
Señores, permitid que me persuado
no ha de ser él quien hoy la patria salve.

SCENA VII.

Argiro delante del teatro; Amenaida, á quien han quitado las prisiones, ácia el foro.

Amenaida volviendo en sí del desmayo.

Ame. Cielos! ¿qué será de él si se descubre
su cuna? *Arg.* Hija....

Ame. Què me quieres, padre?
tu pronunciaste mi sentencia iniqua.

Arg. Oh Dios! que te declaras de su parte,
¿defiendes la inocente? ¿ó perdonando
ya su culpa, pretende señalarse
de nuevo tu piedád? ¿què beneficio
te has dignado, Señor, de dispensarme?
¿es por ventura gracia, ó es justicia?
¿si me será la suerte favorable?
que has dicho, dí.. con que ojos á Amenaida
podrè desde hoy mirar?

Ame. Con los de padre.
Aun estoy á la boca del sepulcro,
dudando si son bienes, ó son males,
los que el Cielo me guarda. No receles
ofensas de mi gloria. En mi no caben.
Mas si amor paternal te debe tu hija,
alejala, Señor, de este parage,
que á vista de ese barbaro aparato
debil, rendida, y ya sin alma yace,
expuesta á insultos de la plebe osada,
que su oprobio y sus lágrimas aplaude,
lágrimas derramadas justamente,
y cuyo digno objeto nadie sabe.

Arg. Ven, que mis manos tremulas, tus pasos
guiarán... Cielos! sed en el combate
propicios á las armas que la auxilian,
ó enviad la muerte á un desdichado padre.

ACTO IV.

SCENA I.

Tancredo, Loredano, Caballeros. Llegan las armas de Orbasan delante de él.

Lor. Aunque ilustre, es funesta tu victoria,
pues con ella nos privas del insigne
caudillo, cuyo pecho se entregaba
todo al estado, sin que competirle
otro que tu, pudiese en valentia.
Dinos qual es tu nombre, qual tu estirpe.

Tancredo en ademan de un hombre pensativo y afligido.

Tanc. Solo Orbasan logró al morir saberlo.
Mi secreto y mi odio el infelice
lleva à la tumba. Es mi destino infausto
No procureis, Señores, se averigue.
Saber quien soy si os sirvo, que os importa?

Lor. Pues lo quieres asi, no se publique.
Mas con util valor y hazañas dignas,
tu virtud para siempre se acredite.
Muy presto se verán en nuestros campos
las medias lunas. Siracusa pide
que defiendas sus leyes y su culto.
Mira como adversario mas terrible
à Solamir. Perdimos nuestro apoyo;
pero en tí le logramos aun mas firme.
Mas vuelvenos el hèroe que nos quitas,
ó privado dispon nos acaudille

el

el que venció à Orbasan, pues esperando
nos està Solamir. *Tanc.* Oferta os hice
de acompañaros contra el Sarraceno.
Y quizà habrà razon para que mire
yo à Solamir, como à adversario mio,
no menos que el estado, y le abomino
mas que vosotros. Hoy á este combate,
saldre tambien.

Cat. De ese valor insigne,
nos promeremos todo. Y Siracusa
à premiar quanto à el deba se apercibe.

Tanc. No hay premio para mi, ni yo le aguardo,
ni le pretendo. Para mi no existe
ya nada apetecible en Siracusa.
Y bien os sirva, ó en el campo espire,
no intento me resulte recompensa,
ò compasion ó gloria. Quanto exige
mi obligacion haré. Mis votos solo
à que me vea Solamir se ciñen.

Lor. Eso anhela el estado. El tiempo estrecha:
todo al fin importante ya conspire
à la victoria. Amigos, entre quienes
hoy sus laureles van á repartirse,
luego sabreis quando acudir os toque
al puesto à que el contrario se dirige.
Proximos à teñirnos en su sangre
y otro afecto en nosotros no domine,
que la defensa y gloria de la patria.

Vanse los Caballeros.

Tanc. Por ella es justo que hoy me sacrifique,
ya lo merezca, ó no.

SCENA II.

Tancredo y Aldamon.

Ald. ¡Que mal conocen
la oculta herida que à ese pecho afligel!
pero à pesar de tu dolor y agravio,
¿como no vas segun el uso pide,
à ofrecerte triunfante à la belleza
que adquiere honor y libertad, que vive
por ti? y las armas de Orbasan vencido,
¿como glorioso, dí, à sus pies no rindes?

Tanc. Pienso Aldamon, no verla mas.

Ald. ¿Acaso
tu vida en su defensa no expusiste?
¡y huyes ahora de ella!

Tanc. Tal merece.

Ald. Justo es, Señor, que su traycion te indigne;
Mas por esa traycion has combatido.

Tanc. Razon tienes: confieso que imposible
me fue à pesar de tan atróz perfidia,
consentir su ignorancia, y su fin triste.
Y aun amandola menos, mal pudiera
abandonarla yo, ni reducirme
á no salvarla su vida. Pero debo
no perdonarla, viva si; y espire
el que la ha defendido, que algun dia
tendrà quizà la infiel que arrepentirse
de haber sido engañosa à aquel Tancredo
apasionado, á aquel amante firme
que oy pierde, que maltrata. Justos Cielos,
que esclavo de ella fuí! quanto la quise!
Cabía la juzgase yo perjura!:
antes pensé adorar la mas sublime
virtud, y que no fuesen mas sagrados
juramentos y altares que una simple
palabra, una promesa de Amenaida.

Ald. Que solo en Siracusa predominen
acordes la barbárie y la perfidia!
proscrito de tu patria, te persigue
tirana ley, quando el amor te ofende.
Alexemonos ya de estos confines.
Vamos à la batalla decisiva.
En ella yo, y en quantas partes disten
de estas murallas centro de maldades,
tus huellas seguiré.

Tanc. ¿Quién me repite
à pesar del delito que ha incurrido,
la imagen de virtudes tan plausibles,
que creí atesoradas en su pecho?
qué encanto es este? ó tu que á un infelize
vas á precipitar en el sepulcro,
del qual por esta mano te vés libre;
odiosa, delinquente, amada acaso,
ó tu que mi destino siempre riges;
¿porque à mis ojos, dí, ya no te muestras
sea ó no con engaño la que fuiste...
Solo habré de olvidarla con la muerte.
Que flaqueza!.. Es forzoso que la expie.

Probemos à morir, sin acordarnos
de la ingrata Amenaida, si es posible.

Ald. Poco ha menos culpada la creías:
¿que el mundo dominaba no dixiste,
la mentira y calumnia?

Tanc. Nada ignoro:
todo ha llegado en fin à descubrirse.
Prendado Solamir de su belleza,
exigió como en fé de una paz firme,
se le diese à Amenaida por esposa.
¿Se hubiera él atrevido à tanto, dime
si de acuerdo con ella no estubiese?
creí á mi propio corazon, mal hice:
creer debo á su padre que la acusa.
A ella misma que ostenta amar su crimen.
En fin, yo he visto, yo el papel infausto.

Como hablando consigo mismo, en tono pausando, y de admiracion.

Para mandar en Siracusa vive!...
En nuestros pechos y murallas reyna!
cierto es mi mal.

Ald. A la enemiga olvide
ese gran corazon que de él no es digna.

Tanc. Lo mas abominable, mas horrible
es que honrarse creyó, y tener por dueño
al viviente, al caudillo mas insigne.
Mandan altivos Arabes á Italia;
y á su vano esplandor ciego se rinde
el imprudente sexo, el sexo mismo
esclavizado siempre en sus paises.
Y tributando tìmidos obsequios,
cede à los propios amos que le oprimen.
Por ellos con traicion nos abandona,
mientras somos escudos tan serviles
de su flaqueza, y á sus pies viviendo,
por él morimos en sangrientas lides.

SCENA III.

Tancredo, Aldamon y Catan.

Cat. Señor, los Caballeros estàn prontos.
El tiempo estrecha, no se desperdicie.

Tanc. Mucho
he perdido, si. De aqui salgamos.
Llegó ya el trance!...
mi valor os sige. *Vase Catan.*

SCENA IV.

Tancredo, Amenaida, Aldamon y Fania.

Amenaida saliendo con precipitacion.

Ame. Oh mi Dios tutelar, dueño absoluto
de mi ser! á tus pies en fin me arrojo.

Echase á sus pies; levantala Tancredo; pero volviendo el rostro á otra parte.

A ellos verás tambien presto á mi padre,
conmigo esa estrañeza! huyes el rostro?
habrà quien culpe tan debido anhelo?
no he de poder manifestar mi gozo,
lo que éste ánimo encierra, ni nombrarte?
me estremezco!...Señor, baxas los ojos!
mirasteme cercada de verdugos,
y solo he de obtener asi este logro!
confuso estás, y mi alma consternada:
con timidez te hablo... Oh Dios! que
no escuchas? (ahogo!

Tancredo con voz interrumpida.

Tanc. Vuelve: y piensa en el consuelo
de aquel anciano á quien venero y
honro: (gentes
que aún me llaman cuidados mas ur-
Oy contigo y con el cumplí ya en todo,
Premiado hé sido: nada mas espero.
El mucho agradecer, quizá es gravoso.
Mi corazon exime de ello al tuyo,
que disponer de sí puede á su antojo.
Vive... dichosa... y yo... á morir me
parto. *vase.*

SCENA V.

Amenaida y Fania.

Ame. Despierto del sepulcro, ó soy su
aborto?
creeré que el Cielo me ha dexado viva!
es dia, es noche la que ven mis ojos!
ah! el que acabo de oír, querida Fania!
es un falso; de muerte mas odioso
que el de la ley que aqui me ha condenado.

Fan. Habrá podido transformarse en otro!
qué sospechas le agitan?

Ame. Es mi amante
quien me ha hablado?... me trata de
ese modo!
su frialdad altiva, su desprecio

no reparaste? aquel sañudo enojo,
aquel desden con que miraba apenas?
y á quién?... á mí que le amo, que le
adoro!
me sacó del Imperio de la muerte
para sacrificarme luego él propio!
oh Tancredo! mi bien, tirano! injusto!
¿en que pude ofenderte, que lo ignoro?

Fan. No hay duda: ardiendo en ira su
semblante
tarda la lengua, y demudado el rostro
manifestaba esquiva indiferencia.
Con cuidado apartó de tì los ojos.
Pero el llanto ocultaba de esta suerte.

Ame. Tal desaire, aspereza y abandono!
de dónde nace esta tormenta horrible?
qué pretende? què ofensa tanto enojo
en el excita? de viviente alguno,
puede Tancredo acaso estar zeloso?
de deberle la vida me glorío.
Otro bien no conservo, ni otro apoyo.
Si yo existo es por el, por su victoria.
Mas si fino mi vida puso en cóbro,
tambien por él me expuse yo à perderla.

Fan. Sabes si de esto se halla noticioso?
la voz del pueblo á quien tras sì no
arrastra?
de lo que ella publica, dudan pocos.
El esclavo, la carta, el nombre mismo
del Moro Solamir; aquel asombro
que infunde su valor, sus pretensiones,
tu belleza, su gran pasion, y todo
hablaba contra ti, y aún tu silencio,
Señora, aquel silencio grande, heroyco,
que el perseguido nombre de tu amante
supo ocultar al vengativo encono
de los tiranos que á ambos os oprimen.
¿Quién penetró el arcano tenebroso
de su secreto? suele ser creìdo
lo peor siempre, y la apariencia....

Ame. Como! á mi culpada!

Fan. Es facil engañarse.
A un amante perdona:

Amenaida volviendo á cobrar su altivéz y espiritu.

Ame. No; á mis ojos
no es perdonable, aun quando todo el
mundo
acusase á Amenaida: al mundo todo
su aprecio opone un héroe noblemente,
dando credito solo al juicio propio.
Con que tomó à su cargo mi defensa,
por mera compasion!.. enorme oprobio!
yendo à morir por el, mi alma sentia
un ingrato consuelo, un sumo gozo.
Y ha de formar de mi sospechas viles!
jamás tan grave ofensa le perdono.
Tengo presentes siempre en la memoria
sus beneficios, y grabados todos
vivirán siempre en mi ofendido pecho.
Pero si el ha incurrido en el arrojo
de graduarme indigna de su mano,
por indigno de mi desde hoy le noto;
de todas mis afrentas, la mas grave
es esta, Fania mia.

Fan. Yá en su abono
decirte debo, que Tancredo ignora....

Ame. Ignorar no debia que su solio
tiene en mi la virtud: conocer debe
este corazon fiel: serle notorio
que era imposible que à romper llegase
yo un vinculo tan noble, tan precioso.
Que esta alma es tan constante y tan
altiva,
como fuerte su brazo; y con decoro
tan grande, como puede ser la suya.
Mas no tan sospechosa, ni tampoco
tan insensible. Ya desde hoy renuncio
à ese Tancredo. A los mortales todos,
O los contemplo dobles, ó malvados,
dèbiles unos y crueles otros.
Barbaros estos, crèdulos aquellos;
ó bien son engañados, ó engañosos.
Eternamente olvidarè al que amaba,
y á quanto comprehende nuestro globo.

SCENA VI.

Argiro, Amenaida y acompañamiento.
Argiro sostenido de dos escuderos.

Arg. Guiad, amigos, mis cansados pasos,
que ya va à principiarse la batalla.
Oh! si lograse yo abrazar al héroe
que la vida te dió! dime, Amenaida,
podré saber quién es?

Amenaida entregada á su dolor, descansando con una mano puesta sobre Fania y medio vuelta ácia su padre.

Ame.

Ame. Un joven, digno
de poseer en otro tiempo mi alma,
un héroe perseguido por mi padre,
que tìmida hasta ahora no nombraba:
por vosotros proscrito; único objeto
de aquel fatal papel, última rama
de una familia augusta, el mas ilustre
de los mortales. Ay desventurada!
el mas injusto. En fin, Tancredo.

Arg. Còmo?
Cielos!... Hija, qué has dicho?

Ame. Lo que el ansia
que me aflige, ocultarte mas no puede.
Lo que aqui te declaro en confianza,
temiendo le resulte algun mal grave.

Arg. Tancredo!

Ame. ¿Y quièn sino él, por Amenaida
à morir se expondria?

Arg. Que! Tancredo!
el mismo à quien nuestro Senado infa- (ma!

Ame. El mismo.

Arg. Y por nosotros nada omite!..
privamosle de hacienda, de honra y
patria:
y por nosotros hoy su vida expone!
oh Jueces infelices! que ocupadas
ciegamente tenemos ambas manos,
con la cuchilla fiera, y la valanza.
¡Què injustos son, que vànos nues-
tros juicios!
oh quanto yerra la prudencia humana!
qué ingratitud! què tiranía!

Ame. Padre,
para culparte, si, me sobra causa;
pero veo te afliges de manera,
que no se atreve à lamentar el alma,
que dí à Tancredo...

Arg. A quien me dà la vida!

Ame. Indigna vida! toda mi esperanza
se funda en tí, Señor. Remedia presto
tantos errores, sinrazones tantas.
Vuelveme ya el honor que me has
quitado. (salva
Que quien venció à Orbasan, mi vida
solo dexò: publíca mi inocencia.

Arg. Eso me toca.

Ame. Voy á donde el vaya. *Arg.* Detente.

Ame. Detenerme! no es posible.
Contigo voy, Señor, á la batalla.
Cerca he visto à la muerte, y muerte
infame. (ma,
La que en los campos del honor me lla-
no es para mi terrible; ni es ya tiempo
de que intentes à tu hija negar nada.
Ya adquirí sobre tì derechos justos,
derechos que me ha dado mi desgracia.
¿Querràs segunda vez abandonarme?

Arg. En tí el poder no tengo que gozaba,
porque de él abusé: Justo es le pierda.
Pero què intentas? donde te arrebata
tu apasionado impulso? no qual suèle
en remota region, osado marche
aqui tu sexo al lado de los héroes,
y en el esfuerzo casi los iguala.
Las leyes, las costumbres no permiten...

Am. Que leyes! que costumbres insensa-
oy soy ya superior à todas ellas. (tas!
Oy que el furór, el despotismo mandan,
solo escucho las leyes de mi arbitrio.
Esas horribles leyes, cuya carga
te està oprimiendo, verteràn tu sangre
que en mis venas se vè depositada?
permitiràn que muera en un cadahalso
tu infeliz hija con eterna infamia,
y no permitiràn que à la palestra
à donde reyna la victoria, salga
à defender su honor? ¿podràn mostrarse
las mugeres aqui, solo cercadas
de inhumanos verdugos? la injusticia
de entera independencia al fin es causa.
Suspiras? ah! si hubieses suspirado,
Señor, quando adulaste la tirana
resolucion; y contra aquel que solo
emprendió tu defensa en nueva alianza
uniendote à Orbasan, me precisaste
à ser inobediente! *Arg.* Hija, basta:
no aflixas mas à un padre infortunado.
No abuses del poder que en estas canas
te da mi culpa. Mi dolor respeta.
Y si acaso no estàs enagenada
del amor de tu padre, por lo menos
dexa que muera al hierro de las lanzas
de nuestros enemigos. No me impidas
que vaya en busca de Tancredo. Aparta.

SCENA VII.

Amenaida y Fania.

Ame. Quién detendrà mis presurosos pasos?
oh! tu que me aborreces, que me ultrajas
y despues de vengarme me desprecias;
pelear me veràs, y tus hazañas
imitar junto à tí; oponer mi pecho
à quantos tiros la enemiga rabia
contra tí lance; con la propia vida
dar à tus beneficios justa paga;
castigar tu injusticia de esta suerte;
vencerte si es posible, en inhumana
fiereza; y en tus brazos espirando,
dexarte el ódio en que mi amor se cambia:
el pesar de un delito irreparable,
y todos los martyrios de Amenaida.

ACTO V.

SCENA I.

Marcha guerrera antes de empezar. Los Cavalleros y Pueblo: los Cavalleros, y Escuderos con las espadas desembainadas en la mano. Los Soldados cargados de trofeos.

Lor. Por tan feliz victoria cantad himnos,
ó ciudadanos: ofreced inciensos
al Dios de las batallas: pues à el solo
se debe el triunfo, à el la gloria démos.
El infundió vigor en nuestros brazos,
y embotar quiso el enemigo azero,
mostrandonos patentes las celadas
que armaron los astutos Sarracenos,
azote de catholicas naciones.
Id sin tardanza, y erigid troféos
sobre tantos cadaveres de infieles.
Adorad reverentes nuestros Templos
con los tesoros de la media luna,
hollando ufanos los rendidos cuellos.
Y España opresa, y arruinada Italia,
postrado Egypto, y con marcial despecho
en grillos Siria, à domeñar aprendan
à los que son pavor del universo.
Justo es se piense en confortar à Argiro,
procurando le sirva de consuelo
en su dolor, la pública alegria:
pues sino feliz padre, por lo menos
feliz patricio contemplarse puede.
¿Pero como el incognito guerrero
à quien dicen se debe la victoria,
no vuelve aqui con nuestros caballeros?
¿no juzga el triunfo de esplandor bastante,
ò nos cree envidiosos de sus hechos?
almas como las nuestras no conocen
esa indigna pasion, ni sus efectos.
Despues que à Siracusa ha defendido,
huirà de sus muros? largo tiempo *á Cat.*
le vimos à tu lado peleando.
Y pues que fue participe del riesgo,
¿como no viene à celebrar el logro
de la victoria?

Cat. Oid. Estadme atentos,
Señores. Entre tanto que ocupabais
el transito del Etna, yo algo lexos
de vosotros estaba en las orillas,
á la enemiga furia resistiendo.
Alli notamos que al mayor peligro
precipitado se arrojaba y ciego,
sin aquella conducta sosegada
de un héroe grande, y General supremo
Dón tan preciso, como à pocos dado.
Su valor procedia con arresto,
dando señales de valor oculto,
en la trémula voz y adusto ceño.
A Solamir llamaba muchas veces,
y muchas se le oyó en confusos ecos,
el nombre de Amenaida, á quien
apellidaba en tono lastimero. (perjura
A pesar del furor se le asomaban
làgrimas à los ojos: con anhelo
solicita la muerte que de el huye (do.
Quanto mas se abandona, mas tremen-
Ya todo à nuestras armas se rendia,
y mas que à ellas à su heroyco esfuerzo.
Ya ácia vosotros con triunfantes pasos
volviamos; pero el con desconsuelo
abatido, insensible à tanta gloria
mostrando que el vivir le daba tèdio,
llama à Aldamon, le abraza, le habla, gime,

y con aquel intrepido denuedo
que habia acreditado en la pelea,
se alexo para siempre, á Dios diciendo.
Pretenderà que Siracusa ignore
quien es. Nadie el origen de su intento
acierta à descubrir. Todos vacilan.
Pero alli mismo aparecerse vieron
entre la multitud de los soldados,
á Amenaida. Olvidada de su sexo,
fuera de tino, pàlida, desecha,
corre, llamando à voces á Tancredo.
Seguiala su padre tristemente,
aunque con tardos pasos, y à lo lexos.
Aqui anegada en làgrimas la trae.
Dice que ese caudillo, ese héroe excelso, (naida
el que venció à Orbasan, el que à Ame-
y à la patria vengó aquel es Tancredo
à quien esta mañana proscribimos
y declaramos de comun acuerdo,
rebelde y transgresor de nuestras leyes.
Leyes que le condenan á destierro.
Què hemos de hacer, Amigos, en tal caso?

Lor. Qué? reparar tan grave desacierto.
Persistir en la culpa es agravarla.
Sonrrojo perseguir, tener opreso
à un hombre ilustre y grande. Quantas veces
al merito y virtud padecer vemos.
Mas quando en fin, á conocerse llegan,
honrarlos es forzoso.

SCENA II.

Los Caballeros.

Argiro saliendo con precipitacion.

Arg. Y socorrerlos,
y tambien libertarlos. En peligro
Señores, queda el inclito Tancredo:
su ciega intrepidéz volvió á arrojarse
á los contrarios, y con todos ellos
arrastrado pelea... Quan en vano
culpo mi fria edad, mi desaliento.
Caudillos, cuyo ardor y lozania,
lucen a competencia, pues el peso
de los años no os postra, acudid pronto,
disipad mis temores, y á Tancredo
restituid á mi inocente hija.

Lor. Basta,.. Señores, no se pierda tiempo.
Su valor imprudente socorramos.
Saquemosle si es dable de este empeño.

SCENA III.

Argiro. solo.

Arg. Cielos, que al fin
os apiadais de un padre!
A mi infelize hija me habeis vuelto,
y á su feliz libertador volverme

Sale Amenaida.

tambien determinais!
en nuestros pechos
hija mia, renazca la esperanza.
Yo he sido de tus males instrumento,
y tanto como tu los he sentido.
Oy se terminarán, pues ya Tancredo
no tardarà en venir. Cese tu pena.

Ame. En viendole, Señor, tendrè consuelo.
Tendréle quando sepa no es injusto,
quando su vida este fuera del riesgo.
Quando mas no me ultrage, y pesaroso
de injuriarme este ya.

Arg. Tu sentimiento
es muy fundado. A veces hay heridas
que, ó no se curan en un noble pecho,
ó dexan para siempre cicatrices.
Pero, hija mia, si hasta aqui Tancredo
ha sido aborrecido en Siracusa,
advierte que es ya amado, que esta lleno
de gloria, y participas de su fama.
Que ha acreditado con tan altos hechos,
hasta adonde ha llegado la injusticia
de sus émulos todos. Satisfecho
queda el vulgo, si cumple lo debido.
Pero los Héroes de virtud modelo
á mas aspiran: su valor excede
á quanto la esperanza funda en ellos.
Asi excede Tancredo en solo un dia
á nuestras esperanzas y deseos.
Apenas llegue, y sepa eres constante,
fino arderà en tu llama. Todo el pueblo
se muestra enternecido à favor suyo.
Saldrà tu amante de su error funesto
con sola una palabra.

Ame. Esa palabra
está aun por decir. Fatal momento!
¿qué me importa ese vulgo ni su escarnio,
ni su instable piedad, ó furor ciego?
qué me importan sus voces tumultuosas
de las quales no oiré ni aun los acentos?
de un hombre solo mi opinion depende.
Sabe, ó padre! que ya morir prefiero
à vivir un instante despreciada.
Sabe que... (sin reparo lo confieso)
que yo à mi bienechor, como à mi esposo
antes miré. Postrada ya en el lecho
de la muerte, mi madre mutuamente
à los dos nos uniò, y en sus postreros
votos pidió al Señor que se dignase
de bendecir nuestro inocente afecto.
Nuestras manos juntó, que al fin cerraron
sus tristes ojos: y à la fàz del Cielo,
por ella y su memoria, por tì mismo,
ó infeliz Padre, hicimos juramento
de adorarnos los dos, y venerarte.
De seguir tu virtud como modelo,
y estrechar nuestro vìnculo en tus brazos.
Por altares, Señor, el hado adverso
cadahalsos infames nos destina.
El que mi amante fue, y al mismo tiempo
mi dulce esposo, tras la muerte corre.
Solo diviso ya el horrible aspecto
de mi ignorancia. Mi destino es este.
Arg. Ya ese destino mejorado vemos.
Y prometerte puedes, hija mia,
felicidad completa. *Ame.* Quanto temo!

SCENA IV.

Argiro, Amenaida y Fania.

Fan. Toma, Señora, la debida parte
en la pública gloria y regocijo;
celebra ya tan inclitas hazañas:
goza mas que nosotros tal prodigio.
Aniquiló Tancredo valeroso
á os contrarios que iban fugitivos;
Al furibundo Solamir dió muerte;
víctima cuyo insigne sacrificio
se debia al estado, à la venganza,
y al lustre de su nombre obscurecido.
Acordes la exigian, y la fama
veloz esparce tan plausible aviso:
rebosando de gozo todo el pueblo
le sigue, y le apellida su caudillo,
su Héroe, su gloria, su única defensa.
Tambien se habla del trono de que es digno
por su estirpe.
Señor, solo un guerrero *á Arg.*
à su lado quedó: Aldamon mismo
que militó à tu orden: solo el tuvo
parte en sus hechos tan esclarecidos:
Quando llegaron nuestros Capitanes
à librar à Tancredo del peligro,
le hallaron ya triunfante y sin contrarios.
No ois del pueblo tan alegre victor?
por todas partes suenan los elogios
de sus proezas. Le destinan sitio
superior, al que ocupan en el templo
de la fama los Héroes que principio
dieron à su nobleza. Venid presto.
Mil laureles vereis entretexidos
ceñir su frente. Asistireis al triunfo...
A Amenaida.
Señora, el homenage à tì debido
dichosa admitiràs. Ya se te muestra
todo risueño: de tu hado impìo
oy lograràs vengarte, y à Tancredo
à tus ansias en fin veràs sumiso.
Ame. Ya siente mi alma lo que es gozo. Padre!
adoremos al Cielo, que propicio
el bien que antes perdì me restituye,
y me redime del mayor martyrio.
Oy empiezo á vivir, hoy à su colmo
llega mi dicha, y al perpetuo olvido
doy mi afliccion. Perdoname las quexas
los graves cargos que Amenaida te hizo,
sus débiles recelos, sus temores.
Los flacos y tiranos enemigos
del gran Tancredo, ciudadanos, vulgo,
à sus pies os rindió; presto á los mios
amante le vereis.
Arg. Si. Para siempre

enjugar quiere el Cielo ya benigno,
nuestras copiosas lágrimas...Oh dicha!
sino me engaño, allí à Aldamon diviso;
A Aldamon, el que fiel siguió á Tancredo,
sin apartarse de él, en el peligro...
El es; aquel guerrero, tan amado
de mi familia siempre. Ya respiro!
fundado es nuestro gozo...
Pero triste... *pausadamente.*
muestra el semblante. Si le habrán herido?

SCENA V.

Argiro, Amenaida, Aldamon y Fania.

Ame. Habla pues, Aldamon. Con que Tancredo victorioso?

Ald. Señora... *Ame.* ¿En este dia,
à Siracusa llegará triunfante
al son de alegres cánticos y vivas?

Ald. Presto en clamores lúgubres, trocados
los cànticos verás.

Ame. Otra desdicha!

Ald. Este dia fatal que ha coronado
su gloria, es el postrero de su vida.

Ame. Què es lo que escucho! dí. Nada me ocultes.
Tancredo ha muerto!... *Dolorosamente.*

Ald. Vive todavia.
Mas le traspasa el pecho mortal golpe.
En esta carta con su sangre escrita
Sacando una carta cerrada.
se despide tí: sin duda en ella
sus últimos afectos significa.
Temblando cumplo tan fatal encargo.

Arg. Oh! tiempo de furor y de agonía!
Amenaida como volviendo en sí.

Ame. Dame pues la sentencia de mi muerte.
Como un precioso dón mi alma la estima.
Ah Tancredo! mi bien, dueño absoluto
de mi destino! la orden que me envias,
qualquiera que ella sea, la contemplo
como orden que me dás de que te siga.
A obedecerte voy.
Dame esa carta. *á Aldamon.*
en que mi mal, mi bien, mi fin se cifra.
Aldamon dando la carta.

Ald. Lee, y perdona mi funesto oficio.

Ame. ¿Podreis, ojos, leer letras escritas
con tal sangre? es preciso...de mi hado
será esta la postrera tiranía!

Lee. Despues de tu traicion, ni un solo instante
vivir me es permitido, mas advierte
que si en la guerra pierdes à tu amante,
eres, ó ingrata, quien le dás la muerte.
Quando salvè tu vida; quien en vano
salvar tambien tu honor quiso mi mano
Con que en fin, padre... (no.
Dexase caer en los brazos de Fánia.

Arg. En fin, nuestro destino
sació todo el encono de sus iras.
Ni que temer, ni que esperar nos queda:
ni tu estado, ni el mio da cabida
á quexa alguna: solo si pretendo,
antes que dexe la mansion impía
del mundo, declarar á nuestra patria,
quantos agravios, quantas injusticias
se han echo à tu virtud. Declarar quiero
á todo el universo, amada hija,
la gloria de tu nombre.

Ame. ¿Qué me importa
en mi dolor profundo, quanto diga
mi injusta Patria, el Universo todo,
si he perdido á Tancredo?

Arg. Suerte esquiva!
à tus atrozes golpes ya me rindo.

Ame. ¿Será posible, ó Cielo, que permitas
muera Tancredo, sin saber su engaño?

A su padre. Tu eres la causa, tu, de esta desdicha.
Antes que espire, padre...
Mas qué es esto?
los tiranos se ofrecen á mi vista?

SCENA ULTIMA.

Loredano, Caballeros, Amenaida, Argiro, Fania y Aldamon.

Lor. Oh infeliz hija! oh padre desgraciado!
pasado todo el pecho de mortales
heridas, os trahemos à aquel heroe
que de su ciego ardor dexó llevarse,

y resolvió morir muerte gloriosa.
Ya los arroyos de su noble sangre
vertida por la patria, hemos parado.
Parece que aquella alma heroyca y
grande,
para ver á Amenaida se detiene.
Llamaba á voces por su nombre, y caen
lágrimas de los ojos que le miran:
caso inaudito!..El corazon me parte!
voraz remordimiento me consume.

Mientras habla Loredano, acercan poco á poco á Tancredo, ácia donde Amenaida está, casi desmayada en los brazos de sus criadas. Apartalas de sì precipitadamente; y volviendo con horror ácia Loredano, le dice:

Ame. Tan subita piedad, de donde nace?
Bárbaro!... Ahora?... Tu, remordimientos?...

Despues corriendo ácia Tancredo, y echandose á sus pies.

Oh Tancredo! tirano y dulce amante!
dignate de atender á mi inocencia.
De Amenaida tu vista no, no apartes.
Mi profunda afliccion, mira y consiente
que en la tumba tu esposa te acompañe.
Solo à este honor mi corazon aspira.
Tu aquel nombre me diste. ¿Y que privarme
intentarás de nombre tan sagrado?
¿serás mas inflexible en este trance,
que han sido tus contrarios y los mios?
vuelve á mirar á esta muger constante.
¿Será esta la postrera vez acaso,
que se dirija á mí tu rostro amable?
díme si me aborreces?

Tancredo procurando levantarse, y volviendo á caer.

Tanc. Ah traidora!

Ame. Quién? yó? Tancredo!

Argiro poniendose tambien de rodillas al lado opuesto que Amenaida, abrazando á Tancredo; y despues levantandose.

Arg. Ay triste! Señor, sabe
que si á morir ha sido condenada,
no ha sido otra la causa que el amarte.
Crueles contigo fuimos y con ella;
las leyes patrias, nuestros Capitanes,
y un tribunal augusto erraron todos:
ella sola era justa, y el desastre
causò principalmente aquella carta.
A tì se dirigia: asi no estrañes
que te engañase yo, pues à mí mismo
me engañé por mi màl.

Tancredo levantandose otra vez un poco.

Tanc. Qué dices padre!...
Amenaida! es posible? tu me quieres?

Ame. Digna en efecto del suplicio infame
de que me redimiste yo seria,
si te hubiese olvidado un solo instante,
y sido ingrata, infiel...

Tancredo cobrando alguna fuerza, y alzando la voz.

Tanc. Qué! tu me amas!...
ò bien, mayor mil veces que mis males!
Ya de morir me pesa. Pero es justo
que no pase el vivir mas adelante,
pues creì ciegamente à la calumnia.
Mi vida era infeliz hasta poco hace.
Y la pierdo en el punto que debia
convertirla en dichosa y apreciable
una palabra tuya!

Ame. ¿ Unicamente,
Dios poderoso, en este horrible lance,
y solo quando pierdo al dueño mio,
me serà permitido que le hable?

Tanc. Esas lágrimas tuyas me consuelan.
Pero en fin, es preciso abandonarte.
Mi muerte se apresura.
Esta es Argiro *á Arg.*
la que me supo dar, supo guardarme
su fé, y ha sido víctima inocente
de mil sospechas é inhumanidades
en que hemos incurrido. Une á su mano
esa mano teñida en propia sangre,
para que asi al suplicio llevar pueda
el nombre de su esposo...Sé mi padre.

Argiro tomandoles las manos.

Arg. Hijo querido, (ay Dios!) ojalà vivas,
para que fiel tu esposa te idolatre.

Tanc. Pues que vengué à mi patria, y à mi esposa,
ya Señor, he vivido lo bastante.
Muero en los brazos de ambos, de ambos digno,
en fin, de ambos amado. A completarse
lle-

llegaron oy mis votos... O Amenaida!

Ame. Es posible, mi bien?

Tanc. Palabra dame
de no imitar mi muerte: vive...

Cae muerto.

Cat. Ay Cielos!
ya espira... y nuestros pechos que tan (tarde
lograron conocerle...

Amenaida arrojandose sobre el cuerpo de Tancredo.

Ame. Què! vosotros,
vosotros que la vida le quitasteis,
llorais por èl? oh bárbaros! tiranos!

Levantase, y da algunos pasos diciendo.

Abrase el centro de la tierra y trague
á quantos véo, á Syracusa toda.
A ese Senado y á la abominable
autoridad que exerce, derramando
segun su antojo la inocente sangre,
con el mismo puñal de su justicia.
Oh! si esta vida yo acabar lograse,
en la ardiente ceniza de mi patria!
oh! si me convirtiese yo en cadaver,
sobre los vuestros propios!...

Vuelve á arrojarse sobre el cuerpo de Tancredo.

Ah Tancredo! (yace,
Tancredo! mi Señor!... què? muerto
y vosotros vivis!.. *levantandose furiosa.*
mas ya le sigo.
Su voz me llama, y manda le acompañe
en las hórridas sombras de la tumba.
Quedaos à sufrir las penas graves
que os aguardan á todos.

Cae en brazos de Fania.

Arg. Hija mia!

Amenaida fuera de si impeliendole con la mano en el pecho.

Ame. Detente. Aparta. No eres ya mi padre.
Perdona à mi furor...Complice fuistes:
áy infeliz de mi!... Tancredo! sabe
que tuya soy, que fiel te adoro y que ahora
espiro en esos brazos, dulce amante.

Cae al lado de Tancredo.

Arg. Hija!... Amanaida!... Haz pues,
Fania querida,
que antes que muera yo, cobre la vida.

FIN.

Con licencia en Pamplona. Año de 1778.

Se hallará en Madrid: en la Librería de D. Isidro Lopez, calle de la Cruz, frente de la Nevería.